

Las terribles apuestas

AHORA que todavía es problema para nosotros los españoles la cuestión de la libertad religiosa, he recordado de repente que hace cien años estábamos en las mismas. En la sesión parlamentaria del 12 de abril de 1869 fue precisamente cuando don Emilio Castelar pronunció su rectificación al discurso que había pronunciado sobre la libertad de cultos y que había sido atacado por el canónigo Manterola. El final de la pieza oratoria de Castelar suele venir en muchas antologías y todo el mundo tiene alguna noticia de él: «Grande es Dios en el Siani; el trueno le prece, el

El canónigo Manterola se parecía más temperalmente a aquel otro colega suyo en el Parlamento que se sentaba al lado opuesto, en el extremo de las izquierdas, don Fernando Garrido y que tenía como especialidad atacar a los curas y hasta blasfemar alguna vez en pleno hemicycle, lo que es una pena, porque, por otra parte, don Fernando Garrido era el único representante verdaderamente penetrado con los intereses populares que había allí, con la excepción del mencionado don Antonio Aparisi y Guijarro, un hombre bastante más democrático que muchos que se lo llamaban, lleno de un auténtico espíritu cristiano y que se parecían extrañamente a un Bernanos, por ejemplo.

Por allí andaba también don Antonio Cánovas del que un buen periodista de su tiempo decía que lo era todo o casi todo: orador, político, literato, tres veces académico, historiador, poeta jurista, diplomático, periodista, geógrafo, artillero, aljamiado, monstruo, malagueño, conservador liberal, liberal conservador y bizco... Para ser la novena maravilla no le falta más que morir obispo, confesor, virgen y mártir. De todos modos murió «restaurador, poeta, jurista, diplomático, periodista, geógrafo, artillero, aljamiado, monstruo, malagueño, conservador liberal, liberal conservador y bizco...».

Peró iba a hablar de la malhadada apuesta que Manterola hizo a Castelar, ese día, cuando se discutió de la libertad religiosa, que no sabemos por qué don Vicente Manterola casi se centró en los judíos: «Los judíos —dijo— tienen mucho dinero y el señor Castelar tiene mucho talento; los judíos tienen mucha riqueza y el señor Castelar posee grandes y profundos conocimientos políticos aplicados a la forma de Gobierno de los Estados; haga, pues S. S. que los judíos empleen una parte insignificante de su riqueza en levantar de nuevo el templo de Jerusalén, vaya S. S. a inspirarles el pensamiento republicano, consigan que los judíos lleguen a constituir un pueblo con su centro, con su bandera o con su presidente, con que me basta con que lleguen a ser una república, y ya desde ese momento se ha matado la Iglesia católica porque se ha matado la palabra de Dios. Castelar contestó: «Señores diputados, me decía el señor Manterola que renunciaba a todas sus creencias, que renunciaba a todas sus ideas si los judíos volvieran a juntarse y volvían a levantar el templo de Jerusalén. Pues qué, ¿creo el señor Manterola en el dogma terrible de que los hijos son responsables de las culpas de sus

padres? ¿Cree el señor Manterola que los judíos de hoy son los que mataron a Cristo? Pues yo no lo creo, yo soy más cristiano que todo eso. Y hay que decir que tenía razón Castelar y que ochenta años después, en 1949, el canónigo Manterola ante la erección del Estado de Israel hubiera tenido no que renegar su fe, como había apostado, sino repasar solamente su Biblia para comprobar que en la palabra de Dios no hay nada que se parezca a la leyenda del J. d. Errante que entonces el canónigo Manterola, nutrido más por pasiones políticas y sermones irresponsables que por escueta teología, había confundido con un dogma.

Julian Marias ha hablado recientemente de esta apuesta, oponiendo la seguridad de los dogmáticos como Manterola al riesgo y a la inseguridad liberales de un Castelar que sus muchos más cristianos, sin duda, porque resulta que a la postre ciertas seguridades son terribles, infinitamente más arriesgadas que el más arriesgado de los riesgos,

como ésta del canónigo Manterola que comprometió a la Iglesia y hasta a la palabra de Dios más que cualquiera de las afirmaciones de sus enemigos. El canónigo Manterola asin saber que lo hacía... profetizaba la muerte de la Iglesia católica. Hoy sabemos que era un profeta falso —escribe Marias—. Pero acaso no ha constado hasta noventa años después. Y este retraso es lo que a mí personalmente me parece peligroso. Las gentes dogmáticas son capaces luego de renegar hasta de su fe porque han visto fallar lo que creían uno de sus postulados. Y la Iglesia y la fe han sido así unidas a tantas intolerancias y procedimientos o sueños inhumanos. O a regímenes totalitarios humanos que es lo mismo.

Paz a las cenizas del impetuoso canónigo Manterola. Pero seguir haciendo su juego en 1964 no puede ya contar con su buena fe, ni con la indulgencia que nos reclamamos su temperamento y sus circunstancias. Acabó siendo un buen párroco, que, sin duda, era lo suyo.

JOSE JIMENEZ LOZANO

EN TORNO A LA ECCLESIAM SUAM

Las "lecciones" que el ateo da al cristiano

NO es nada nuevo —decíamos el pasado domingo— que un Papa condene el comunismo. Es un cambio completamente nuevo que un Pontífice trace las reflexiones pastorales que el ateísmo contemporáneo plantea al cristiano de hoy. Limitarse a condenar al comunismo es ciertamente demasiado poco y una mente como la de Pablo VI no podía detenerse ahí. Sigamos, pues, leyéndole; porque quizá esta página sea una de las más vivas y nuevas de la Enciclica.

«Cuáles son —se pregunta Pablo VI— las raíces de este ateísmo que hoy se ha apoderado de tantas almas? ¿Cuáles los motivos de su turbación y de su negación? Cuatro respuestas encuentra Pablo VI a esta pregunta. Y la primera es que los ateos son ateos porque nosotros los hemos ofrecido un menos que mediocre dibujo de la fe. Su ateísmo nace a veces de la exigencia de una presentación más alta y más pura del mundo divino, superior a la que tal vez ha prevalecido en ciertas formas imperfectas de lenguaje y de culto, formas que deberíamos esforzarnos por hacer lo más puras y transparentes posible para que mejor expresen lo sagrado de que son signo». He aquí un párrafo como para hacer temblar. Un ateo no es ciertamente lógico deduciendo que Dios no existe de lo mediocre que Dios no existe de lo mediocre que yo creo, como no sería lógico quien negara la existencia del Banco nacional al contemplar un billete falso. Pero acaso cuando los periódicos avisan que corren por el país billetes falsos no miramos todos con desconfianza todos los billetes que nos entregan? Cuando Alejandro Lerroux —niño y pícaro monaguillo aún— loca con terror el cáliz que su tío cura le estaba dando para que se quemara si lo tocaba y comprobaba que el cáliz no quemaba en absoluto, no es lógico pensando que la sangre de Cristo no está en aquel cáliz? Pero acaso aquel ingenuo cura engañoso no será en buena parte responsable de la vacilación en la fe de su sobrino? Cuando Gagarin regresó de su viaje orbital y dice que Dios no existe porque no se lo ha encontrado en su vuelo dice una solemne majadería. Pero ¿acaso no es igualmente majadero ese concepto de un Dios que se dedica a ti-

rar en tierra caramelos a los buenos y pedricos o accidentes de automóvil a los malos? He aquí que, entonces, las cosas se complican: condenar a un ateo no es, para el cristiano, un descanso ni una seguridad, sino exactamente todo lo contrario: una angustiosa pregunta por la responsabilidad que él puede tener en el ateísmo de su hermano, un obsesivo aguijón para purificar su fe y hacerla «transparente». Cristiano, entonces, no es aquel que se horroriza al ver el ateísmo del ateo y levanta un muro entre los dos, sino aquel que, al ver el ateísmo, se pre-



gunta si no es él en realidad un muro opaco entre la fe y los que le rodean.

Peró Pablo VI no se contenta aún con esta primera respuesta y sigue hurgando en las raíces del ateísmo actual. Fara encontrar a los ateos «invadidos por el ansia, llena de pasión y utopía, pero también frecuentemente generosa, de un sueño de justicia y de progreso, en busca de objetivos sociales divinizados que sustituyen al Absoluto y Necesario, objetivos que denuncian la necesidad insoslayable de un principio y fin divinos».

Impresiona releer estas líneas. ¿Un ateo, un comunista concretamente, no es entonces simplemente un malvado que quiere trastornar el orden del universo? Pablo VI le ve como un hombre lleno de una ansia generosa, si bien utópica y desorientada. Y no le acusa de buscar la justicia y el progreso, ni de buscar un mejoramiento social del mundo, sino de buscar una justicia que nunca podrá darse completa en esta tierra y de haber convertido en un ídolo sus objetivos sociales. No le acusa de buscar la justicia, sino de haberse detenido en ella. No le acusa de querer construir un paraíso, sino de quererlo construir en la tierra. No le acusa de amar el progreso, sino de no ver el progreso como camino hacia el Absoluto, hacia Dios.

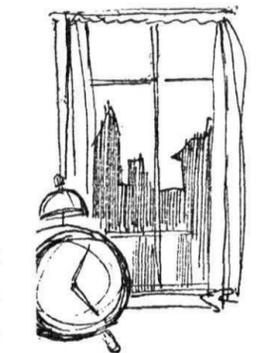
Y urge la segunda pregunta de «reflexión pastoral» para el cristiano: ¿Buscaría el ateo esa justicia

HOMBRES Y MAQUINAS

SE ha extinguido ya la ansiedad que, durante una semana, tuvo al mundo pendiente de las noticias procedentes de Champagne, la localidad francesa en una de cuyas canteras de caliza, catorce hombres quedaron atrapados por un derrumbamiento. Nueve de aquellos mineros volvieron a la vida, liberados por el poder de la técnica, por la tenacidad de los equipos de rescate y por su misma serenidad. Los otros cinco quedaron sepultados para siempre. No es el primer salvamento sensacional de los últimos tiempos en minas europeas o americanas, y ello debe llenarnos de honda satisfacción, máxime cuando en el empeño han colaborado hombres y medios de distintos países, en un gesto esperanzador de solidaridad para el bien.

A diario llama nuestra atención la larga y trágica reseña de los accidentes debidos a vehículos de motor. Un reciente informe de la Organización Mundial de la Salud cifra en cien mil el número de muertes que se producen cada año

en todo el mundo por consecuencia de accidentes de circulación. Pero ¿se han cifrado muy pocas las víctimas de los accidentes de trabajo? La humanidad que daría sobrecogida si conociera



su número exacto. Muchos de estos desastres pasan por desgracia, casi desapercibidos. Creemos que se impone la realización de una extensa e in-

tensa campaña mundial de prevención de los accidentes laborales. Hoy el trabajo está muy vinculado al trabajo de máquinas, motores, productos explosivos e inflamables. La industria, el transporte y hasta la agricultura son tributarios de la técnica mecánica y es preciso que el hombre triunfe sobre el monstruo desalmado que es la máquina. Todas las medidas de precaución en el manejo de aparatos y máquinas son pocas, pero la familiarización del trabajador con ellos, es, sin duda, el mayor de los peligros. Poco a poco el hombre pierde respeto a la máquina y, tras el respeto, pierde el respeto a las calderas, los engranajes y las poleas. Otro tanto sucede con la manipulación de las sustancias peligrosas. Pero no se cargue toda la culpa al trabajador imprudente. También los empresarios —algunos al menos— son responsables de muchos desastres; su negligencia o su tacañería son causa de que los elementos mecánicos de la producción no funcionen con seguridad. No es fácil encontrar un calificativo para esos propietarios que fuerzan a trabajar a sus asalariados en tales condiciones de peligrosidad. Pero ni unos ni otros son exclusivamente responsables; la sociedad entera juega su papel frente al peligro de la máquina, el peligro, real, cierto y permanente que espera un tributo de dolor y de muerte.

Por mucho que la técnica prograse, por más que avance la perfección de máquinas y aparatos, el hombre debe ser dueño de su manejo y jamás esclavo de su funcionamiento. Champagne es una buena prueba. Las máquinas perforaron y perforaron la tierra, pero un hombre, un voluntario sin nombre—símbolo de la humanidad generosa y entregada— fue el auténtico salvador, al descender en una cápsula metálica hasta la galería misma en que nueve hombres le esperaban.



Sobre la asechanza mortífera de la máquina, el hombre debe elevar, tiene que elevar el dominio que le dan su inteligencia y su corazón.

MIGUEL JORGE MOLERO

La vida cristiana vuelve a Marquetalia

BOGOTÁ.—Marquetalia, la zona colombiana erigida en República independiente comunista, está cambiando de tono y vuelve poco a poco a la normalidad después de ser conquistada por las tropas del Ejército colombiano. Por ejemplo, los indios paeces, nunca dominados por los españoles, eran esclavos del régimen de «Tiro Fijo». Al recapturar ese territorio el Ejército se ha reunido el antiguo estilo de vida y con ello el retorno a las prácticas de la Iglesia católica, prohibidas por el «Castro» que huyó a las selvas. Los paeces, que constituyeron durante siglos un problema militar para las autoridades españolas, viven en la zona montañosa situada entre los departamentos del Huila y del Cauca.

J. L. MARTIN DESCALZO



rayo le acompaña, la luz le en vuelve, la tierra tiembla, los montes se desgajan; pero hay un Dios más grande, más grande todavía, que no es el magestuoso Dios del Sinai, sino el humilde Dios del Calvario.

Esta es desde luego la parte más lírica, pero no la más sustanciosa. Castelar, como digo, contestaba el canónigo Manterola y tuvo uno de esos días en los que las damas asistentes a las sesiones decían que don Emilio «oficia de pontífice». Era, sin duda, el mejor orador de aquellas Cortes revolucionarias y una especie de santón laico que todos los demócratas respetaban. Llegaba tarde al hemicycle para hacerse admirar un poco con su chaquet impecable, con sus lacios bigotes y sus sendos cartapacios bajo el brazo.

Don Vicente Manterola era un sacerdote de ojos negros y tez muy morena, un poco rapada la cabeza y un ademán resuelto. Tenía un gran talento y una mayor intrinsecidad y cuando se ponía a hablar en el parlamento lo hacía como si estuviera combatiendo en las montañas por el rey legítimo y la Iglesia católica de la que la verdad es que no tenía una idea más clara que Castelar. No era culpa suya. La culpa era de la teología política que estaba de moda en su tiempo. Se sentaba en los mismos escaños que Aparisi y Guijarro, pero Aparisi era todo dulzura, comedimiento, bondad.

EL CABALLO DE TROYA

OBRAS DE ARTE PERDIDAS

La iglesia de Santiago de la villa del Carpio

COMO tantos otros pueblos tendidos en la inmensa llanura medinense, comienza su historia, con probabidades de certeza, en el siglo XVI. Anterior a esta data, los archivos, barbaeramente expoliados, no guardan ni un sólo papel. El monumento cuando permaneció erguido o en ruinas —ruinas por desgracia tan abundantes en Casullia—, es poderoso auxiliar para diseñar su historia.

Tal aconteció con la villa del Carpio, situada cerca del límite de la provincia de Avila. Su origen es desconocido; varios cronistas dan cuenta del hallazgo de monedas y otros objetos antiguos, en los alrededores de las ruinas de una torre edificada durante la dominación agarena, que tenía su emplazamiento en el pago de los Castillejos, posiblemente un viejo poblado. Lo cierto en sus anales, cae dentro del siglo XVI, cuando se levantó la iglesia bajo la advocación del apóstol Santiago, conforme al estilo gótico en sus post-eriores. Edificio de gran amplitud, de esbeltas naves, y hermosa capilla mayor, en cuya cripta, tenían magníficos sepulcros la linajuda familia de los Vázquez de Arce, señores de la villa; señoría que ostentaban por privilegio concedido por el Rey Felipe II. Sucedió en el patronato y posesión del señorío, sus sobrinos el conde de Carpio y los Duenas.

Debido de ser monumento notable a juzgar por los testimonios conocidos. En la cámara sepulcral, se distribuían por parejas conyugales; al lado de la Epístola, el licenciado Rodrigo Vázquez de Cepeda, colegial del insigne colegio de Santa Cruz de Valladolid, y del Consejo Real, con su consorte doña Catalina de Silicio. Frontero, al lado del Evangelio, sus padres el doctor Martín Vázquez de Avila y Arce, catedrático de Prima de Leyes en la Universidad de Valladolid, del Consejo de la Magestad Cesaria del Invisivo Sempër Augusto Emperador Carlos Quinto, juntamente con su consorte doña Catalina de Vielva (1). Estatuas yacentes de fino alabastro, cinceladas por Juan de Porras, escultor vecino de Madrid, discípulo de Pompeo Leoni (2).

Referente a las obras realizadas en el templo, hay que señalar la participación de Juan Ruiz Trillo, maestro de cantería, por renuncia de su compañero Diego del Campo, según escritura otorgada en Medina del Campo primer día del mes de julio de 1602.

En 1809 el magnífico templo parroquial sufrió los estragos de la dominación francesa. Un numeroso contingente de tropas, le saqueó e incendió, quedando como único vestigio de su proceder vandálico la cripta con los sepulcros profanados, que con el solar del templo, hasta hace pocos años cumplía la función de campo santo. En la actualidad, ha sido convertida en tierra dedicada al cultivo de cereales. Los mortuorios huítos, separados para siempre de los restos de los caballeros y da-

mas de quien eran; piezas de estimable valor, como otras tantas obras de arte, ignoramos su paradero, posiblemente hayan sido malvendidas a algún clamarilero.

Seguramente se utilizó como parroquia la ermita de Nuestra Señora de la Consolación. Fábrica espaciosa, de planta rectangular, de una sola nave, cubierta con bóveda de cañón. Toda ella muy aseada, tal vez con exceso repintada. «En el interior nada hay que llame la atención sino cuatro cuadros en lienzo representando los Doctores de la Iglesia, firmados por García, y otro en madera que representa la muerte del Salvador, el grupo de las Marías y San José, ambos de colorido y expresión». Preside en su trono la imagen de Nuestra Señora de la Consolación, nimbada de numerosos hechos milagrosos, cuya función costeadá por la cofradía de los Pastores, se celebra el día del Dulce Nombre de María.

ESTEBAN GARCIA CHICO

(1) Relaciones a las noticias históricas de la villa... de don Tomás López, geógrafo de Su Magestad. Año 1796. Biblioteca Nacional. Sección Manuscritos. Valladolid. Núm. 7.319.
(2) Carta de pago de Patricio Casoli, pintor y Juan de Porras, escultor, en favor de Martín Ruiz de Arceola, contador de la villa de Madrid, por 1.335 reales a cumplimiento de la segunda pena que han de haber por la obra y huítos que hacen para la capilla que se hace en la villa del Carpio para el entierro del señor Rodrigo Vázquez de Arce, por decreto de su Magestad que fue Madrid, 6 noviembre 1603.
Archivo Histórico Provincial de Fco. Colos de Madrid. Legajo 1.900. Foto 1.694.

Esas pequeñas revistas

VAN aumentando, a veces con tiradas que ya quisieran para sí muchos de los rotativos nacionales, el número de revistas, folletos, hojas y demás publicaciones editadas por asociaciones piadosas, por cofradías, por congregaciones y otras organizaciones católicas. Esta actividad editorial se dirige muy concretamente hacia sectores populares y rurales, difundiendo prácticas piadosas, acrecentando el sentido de religiosidad del pueblo y ejerciendo una labor de formación cerca de quienes, por su alejamiento y su falta material de tiempo o de cultura, necesitan del consejo y aliento espiritual.

No vamos a reprochar, ni mucho menos, la labor que tantas y tantas publicaciones pías realizan a lo ancho de la geografía nacional. Pero tampoco debemos cerrar los ojos ante muchos aspectos, menos positivos, que muchas de estas revistas prodigan. De antemano sabemos que cualquiera de estas modestas publicaciones van dirigidas a gentes sencillas, siendo inútil, y

quizá contraproducente, dar a las mismas un matiz intelectual, muy lejos por desgracia de la formación media de nuestras gentes. Precisamente por su beneficio-sino influjo, debemos hacer crítica sana de estos trabajos, por lo común mal redactados, con un sentido de la religión que roza lo inefable y con unos conceptos a veces peregrinos. Tomemos al azar una de ellas. Las páginas editoriales se reducen a aldimarados tópicos en torno a fáciles y manoseados motivos religiosos. Suele, a cargo de severos domines, hacerse una crítica de la sociedad moderna, tan simple y elemental que quien lea puede deducir que la vida actual es más peligrosa y está más envilecida que los dorados tiempos del ayer. Se ayuda, así, a formar una mentalidad de tipo regresivo y reaccionario, plenamente equivocada. Los problemas del mundo actual, el balance de los mismos, no ha de hacerse desde un punto de vista negativo. Hay valores que nadie debe oscurecer.

Por lo visto, quienes redactan la mayoría de los artículos de fondo desconocen la defensa que de la civilización y la técnica moderna han hecho Juan XXIII y, más recientemente, Pablo VI.

Cualquier aficionado a la poesía se permite el placer de ver en letra impresa sus mamotretos líricos. La calidad es, generalmente, deplorable, sin altura estética, dedicándose estos versos menores a dar más vueltas sobre el tópico, en un lenguaje amanerado y lamentable.

Gran parte de estas revistas mantienen consultorio. En el mismo se resuelven dudas, se aclaran puntos evangélicos y se aconseja. Este consultorio sirve, en algunos casos, de agencia matrimonial. Este espinoso capítulo ha de resolverse con más discreción de la que ofrece una ventana a la calle. No parece muy edificante encontrar anuncios como este: «Caballero culto, con considerable fortuna y aficionado a leer, quisiera mantener correspondencia con fines matrimoniales con joven de buena posición y amante de la ca-

sa». Este género de anuncios encuentra eco, e incluso justificación, en alguna de las publicaciones mundanas, pero leído en una revista religiosa puede parecer chocante, divertido y curioso, aunque es de dudar que produzca fines de acercamiento, etc. (Sigue en octava plana.)

